

Poemas Ajados

Isidora Luna

Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

*A la comunidad de Poemas del Alma,
por ser refugio donde mi voz rota puede encontrar eco,
y donde las sombras del verso no son miedo, sino compañía.*

Isidora.

Agradecimiento

Un brindis, con absenta por supuesto.

A los guardianes invisibles de Poemas del Alma,
gracias por sostener este pequeño universo ajado,
por abrir las puertas donde las palabras no temen morir,
y por hacer posible que lo oscuro se convierta, a ratos, en luz oscura...

Sobre el autor

Isidora Luna es escritora y poeta que, con un lenguaje simbólico y musical, se adentra en los paisajes sombríos de la emoción humana. Su obra, un eco de dolor existencial, deseo insaciable y desencanto, busca una luz tenue que danza en las sombras del alma.

Con una sensibilidad que raya en lo quebradizo y una introspección profunda, sus versos son puertas abiertas a una reflexión íntima, un llamado a abrazar lo ajado, lo oculto y lo fragmentado que habita en cada ser.

Índice

Versos en ruinas

In inferno, etiam verbum ardet

Sin Título

Pausa

¿Es esto un poema?

Oda invertida al verde que susurra

Poema III

Verso XXV: No te Nombro

Élégie pour une chute gracieuse

El Último Vals

Verso IX : Condena dulce

Elegía con duende ? Tributo a Federico García Lorca

Luna sangrante

Heritage Noir

Ciclo de los Condenados

Pagando Promesas

Consuelo y Discordia

Abismo

Mareas (Doliente Condena)

La felicidad, ese mito burgués

"Villanelle para un verdugo"

Los dedos que rezan

Fray Giuseppe

Blasfemia.

Auld Lang Syne

Soneto a la locura del amor

Nocturno ?La pluie est une mémoire qui ne dort jamais.?

Pequeño Dios

Fábula de la Sombra

Versos en ruinas

*No mires. La función ya fue condena.
Tus ojos, antes rito, son ceniza.
Se dijo todo ?y todo fue la escena
de un eco que se pudre y no avisa.*

*Las letras no son súplica ni duelo.
Son marcas en la piel cuando no arde.
Mármol inscripto.
Mudo cielo...
que olvida su azul... pero no su tarde.*

*Mi verde fue disfraz de lo perdido,
la sábana tendida sobre el daño.
Promesa enmohecida, en un nido
que aún finge primavera entre pesares.*

*No hubo llanto.
Ni por ti. Ni por ninguno.
Mientras aún necio besas mi lápida
en nombre del arte.
Mientras yo mastico cada insomnio
junto a un dios que se niega a perdonarme.*

In inferno, etiam verbum ardet

*Escucha este murmullo que arde bajo el velo,
no es fiebre ni locura: es cielo hecho destierro.
Caído entre cenizas, amé ¿lo juro? al viento,
vestido de promesa con puñal en su aliento.*

*Le di verbo y penumbra, le ofrecí mi quebranto,
le entregué mi condena y el canto más sagrado.
A cambio, oh tumba oscura, recibí su mentira:
un beso que sangraba donde el alma respira.*

*Después vino el desprecio como daga en la entraña
y el mundo se volvió liturgia sin mañana.
Desde entonces transito con sal entre los dedos,
sembrando epitafios en la noche sin credo.*

*No imploro redención: ya pacté con mi ruina.
Solo ansío que el nombre que albergó mi doctrina
se pudra en la garganta cual hostia ya marchita
con pompa funeral que el dolor resucita.*

*Pues aún en los hornos del infierno celeste
hay versos que se alzan ¿blasfemos, pero honestos?,
de quienes ¿rotos todos? sangran con medida:
hallando tinta en lodo y redención... en la herida.*

Sin Título

Sin Título

Un día aprendí
a caminar despacio.
No para olvidarte,
sino para ver si aún estabas
en la esquina donde la memoria se encoge.
Tu nombre...
no lo escribí.
Lo respiré en el humo de cada silencio.
Lo bebí como quien traga puñales dulces,
cuando todos duermen.
No te pedí promesas,
pero maldije cada vez
que no me mentiste.
Tus versos
duelen más cuando sé
que eran también mis palabras
antes de que tú las escribieras.
No sé si te amaba.
Pero sí sé
que me incendiabas los huesos
cada vez que no me tocabas.

Pausa

Respiro el eco que no vuelve,
cuando esa sombra que olvidaste se mantiene encendida
en la curva más triste de un ensueño.
Cuando siento el temblor que niegas sentir,
en esa grieta en tu voz
cuando me dices que todo está bien.
No busco luz. Porque soy sombra
Busco el rincón donde el polvo se arrodilla cuando
nadie lo nombra.
Quiero ser ese suspiro que se perdió en tu abrigo,
el hilo de sal que dejaste entre versos que aún duelen sin cuerpo,
entre copas y despedidas.
Y si no puedo ser eso,
al menos déjame ser
la pausa.
La última.
La que cae cuando cierras la puerta
y ya no hay vuelta.

¿Es esto un poema?

Hoy no quiero rimar con flores.
Ni fingir que lo bello salva.
Solo recordar que
la poesía nació en un funeral
y aún recuerda que no ha muerto.

¿Es esto un poema?

No lo sé.
Dímelo despacio.
Te lo escribiré en el alma,
a ver si sangra bonito.

Que no te engañe el pincel.
Tampoco la caligrafía:
las cicatrices, a veces, arden bien.
Igual que las coplas.
Igual que las rimas.

Si quieres que huela a luz,
que huela bien...

No mires al cuervo negro.
Tampoco a esa sombra elegante.
Pero si quieres que sepa a rosas...
marchitas,
pasa.

Mírame.
Adelante.

Lo confesaré entre susurros,
al oído, quizás,
con una copa entre los dedos
y el alma medio rota entre los brazos.

Qué gran epopeya has iniciado
al danzar con sombras como yo,
que viven
con el corazón en la mano.

Oda invertida al verde que susurra

No se bebe.

Se invoca.

Como a un demonio hermoso
que promete el abismo
con voz dulce.

Encerrada en vidrio que no refleja,
despierta al tintinear de la cuchara,
con la pausa febril de la condena.
Quien la muerde olvida su nombre.
Quien la teme, la endulza.
Los demás... fingen que lo entienden.

Porque la Dama Absenta no llega.
Se anuncia.
No alegra. No embriaga.
Solo revela ?graciosa? mientras
rasga tu armadura.

Luego da un paso
y se arrastra por tu garganta,
maldito bendito reptil de anís,
cuyo beso, en lugar de amor, promete perdición.

Un buen bebedor de absenta no brinda.
Maldice en verso.
Arde en cuadros.
Confiesa en tinta.
Hasta desnudar el alma,

que no siempre está ?ni preparada, ni lista.

Poetas caídos. Pintores rotos.
Amantes con labios verdes
y la mirada extraviada entre humo y genio.

Al final,
cuando todo tiembla un poco
y ya casi no logras contener
al monstruo que aún intentas disimular...
La absenta te mira.
Tú la miras también.
Y entiendes:
no era un trago.
Era juicio,
con forma de espejo.
Y por una vez ?una sola vez?
viste tu rostro verdadero,
te supiste maldito
y no apartaste la mirada.

Poema III

No me des flores.

Dame el nombre de la herida
que no te atreviste a conjurar.

Dame hilo para coser la culpa
mientras se desangra la piedad.

En tus labios,
siempre hay rastros de ceniza.

Dime si alguna vez oíste
el pulso de un temblor.

No.

Las disculpas son herejes.

No suelen estar pías.

Nunca duelen
como yo.

Verso XXV: No te Nombro

No te nombro.
Porque si lo hago,
vendrás.
Y ya no deseo conjurar más demonios
sin abrir el alma.
Penitencia con castigo lento
Es tu nombre.
Lo supe siglos atrás.
Y de soñarte entre nubes de humo, bebi de tu imagen
como veneno ritual.
Pero me alcanzo el espectro bendito,
Aquel que coreaba tu nombre, sin más.
Fue entonces que mi alma cedió.
A veces aun te escribo en la piel,
sí ?pero con tinta creada en ceniza de hueso negro,
para que no se borre.
Tú no lo sabes,
pero soy quien rezó por tu alma...
después de maldecir tu boca.

Élégie pour une chute gracieuse

Élégie pour une chute gracieuse

Si has de caer,
hazlo como caen los lirios:
lentos, crueles, perfectos,
con la savia emponzoñada
y el tallo aún altivo.
Que tiemble la mano,
sí,
como tiemblan los mártires
antes del beso de la soga.
No mendigues consuelo:
cúbrete con terciopelo enfermo,
de ese que huele a polvo sagrado
y oro vencido por la humedad.
No prometas.
Las promesas son alfileres en lenguas rotas.
Trae tus llagas abiertas
como reliquias del mundo que fuiste.
Bebe el silencio.
Muérdelo.
No hay verbo que salve.
Sería vulgar.
Más digno es que te miren sin palabras,
como se contempla
la última danza
de un ángel embalsamado.
Que la pena se deslice
con la elegancia de una viuda falsa
en una ópera olvidada.
Llora, si quieres,
pero que tu llanto tenga la forma
de una rosa disecada

sobre la tumba de un poeta maldito.

Haz que el dolor se curve
como inicial gótica en un epitafio
que respira musgo y tiempo.

Y si alguien, idiota, pregunta,
di apenas: fue necesario.

Y luego...

cállate.

El Último Vals

El Último Vals

"Bailemos" ¿susurraste en mi oído,
y yo, con sorpresa, acepté. Cruel destino.
Fingimos creer lo que el cuerpo desmiente,
sonriendo con gesto de quien ya conoce
el precio de un mundo que jamás se arrepiente.
La música apenas sonó con dulzura.
Tus dedos de hielo prometían pesares,
mi boca cerrada selló tempestades
y el mundo se nubló en nuestras verdades.
El mármol brillaba en nuestras dudas,
bajo la corte pretenciosa y sus risas mudas.
Ninguno cedía al son melodioso
de aves rapaces, sin verso ni coro.
Cada giro rompía el destino,
dejando rastros de un solo suspiro.
Mis labios guardaban secretos de alcoba;
tú ¿y tu cinismo? brindabas por sobras.
Entonces, sacro final ¿cuando todo era bruma?
sentí que tu alma se marcharía vencida.

Pero el vals siguió, y rendiste tu cuello,
fingiendo que yo aún no te había mordido.

Verso IX : Condena dulce

Verso IX : Condena dulce

*Mientras fingías el sueño,
te observé como se observa el pecado ?
esa condena dulce y fatal,
con manos temblorosas, abiertas al fuego.
Tus párpados cerrados eran cuchillos,
soñando rostros que no eran míos,
mientras yo desvelaba tu sombra.
Nunca pronunciaste ese verbo prohibido: "ven".
Te quedaste, espectral y frío,
en el lado del lecho
donde el perfume se ahoga en el olvido.
Y yo, con un pulso que renegaba de Dios,
te deseé en silencio,
no por tu carne,
sino por el instante fugitivo
en que podrías haber dicho "ven" ?
y elegiste el silencio.*

Elegía con duende ? Tributo a Federico García Lorca

Elegía con duende

No se amordaza un ruiseñor,
ni se entierra a un verso vivo.
Su sangre salta en los muros
como un clavel encendido.
Cantaba con pecho abierto,
como canta el que ha nacido
con el dolor entre los dedos
y un relámpago en el ombligo.
¿No veis temblar el silencio
cuando su nombre se dice?
Callad, si no sois incendio:
ni duende, ni voz, ni filo.
Lo buscaron día ciego,
con la boca en llamas, cuchillos.
Le mordieron la garganta
mientras lloraba el olivo.
Con la lengua entre las sombras,
con el alma hecha rocío,
con los pies llenos de lava
y los huesos de castigo.
Lo odiaron por ser espejo,
por mostrarles su asesino.
Lo callaron día rojo de agosto
y sombra de lirios.
Pero su alma canta aún,
donde el silencio hace nido.
No lo veló ningún canto,
ni rezaron por su espina.
Solo el polvo y las hormigas

custodiaron esa ruina.
Nadie vio caer su sombra.
Fue silencio entre las ramas,
con fusil como costumbre
que cerró la madrugada.
Aún sangran las azucenas
donde su voz fue semilla.
Aún la tierra se estremece
si sus versos se pronuncian.
¿Y los que dieron la orden?
Van con traje, cruz y misa.
Pero el poeta, sin tumba,
les gotea con su tinta.
La pluma no obedece.
No perdona, no se alquila.
Versos que hablan desde cunetas,
aun con la lengua encendida.
Que tiemble la tierra
cuando el olivo suspira:
el duende no ha partido.
Sigue escribiendo vivo.
En el fuego de esta herida.

Luna sangrante

Cuando tus palabras sangran,
repican en mi memoria ¿campanas rotas?,
esta noche es eternidad,
una eternidad sin luz, sin consuelo esperado.
Brillan, sonoras y turbias,
se instalan en la penumbra densa,
reflejo cruel, eco roto
de un pasado que se deshizo,
se desangró en sombras.
No fueron bellas.
Fueron absolutas,
tóxicas como el último beso,
como un relámpago oscuro
que rasga el pecho y no se apaga.
Ahora las sales amargas
de mis negras lágrimas
rajan mi lengua ¿lenta, cruel?,
abriéndose paso en la garganta,
mientras en mi pecho aún arde
mi adiós murmurado,
susurro fúnebre,
delicioso,
que quema sin llamas.
Comprendí, pronto,
que llorar es exilio vano,
que el río de la pena
se vuelve ceniza viva,
ceniza ardiente
que quema y desgarras.
Hoy, con el pulso ahogado en sombra,
vivo, prisionera,
en el recuerdo abrasado
de aquella despedida fúnebre,

bendita herida abierta
que no se cierra,
como la luna sangrante
sobre este mar de cenizas perfectas.

Heritage Noir

Heritage Noir

*Celebremos, a los fantasmas olvidados,
sin olvidar la carne que ardió en sus entrañas,
hasta que solo quedan huesos sepultados,
yacen al frío bajo pétreas montañas.
Siempre, cada siglo, renacen almas desterradas,
que ilusas claman su amarga verdad,
herida abierta, viva y desgarrada,
tejiendo en sombras su inmortalidad.
Manos teñidas de tinta amarga,
susurros lanzados al viento silente,
un don encadenado en su amarga carga,
soledad que ruge en eco latente.
Mientras las sombras se ríen sin voz,
un instante quiebra el pulso helado,
un fuego eterno que enciende el adiós,
hablar en lenguas que el tiempo ha negado.
La voz, daga fría y espejo roto,
fantasmas que arden sin descanso ni luz,
versos que son brasas, cenizas en luto,
ritos vacíos sin eco ni cruz.
Palabras incómodas, verdades crudas,
que hieren al ser sin piedad ni abrigo,
la sabiduría llega entre las dudas,
ecos que rompieron el eterno olvido.
Desde mis márgenes sangrantes, escribiendo,
verdades que nadie quiso abrir,
y los malditos, en mi alma viviendo,
legado oscuro que no puede morir.*

Ciclo de los Condenados

Ciclo de los Condenados

*Llegaste cuando era primavera,
cuando el mundo aún no sabía defenderse.
Traías promesas disfrazadas de rosas
y una voz tan dulce
que ni los cuervos se atrevieron a interceder.*

*Me volviste verano.
Lujuria con ropajes de eternidad.
Tu sudor era sal en mis certezas,
y yo ¿desnuda de juicio?
te ofrecí el cuello
como quien abre un libro sagrado
para verlo arder.*

*Pero pronto fuimos otoño.
Ya no quedaban preguntas.
Tus besos eran rutina,
tus ojos, páramos gastados.
Yo me deshacía en brisa,
tú te volvías sombra
con bastón y sin regreso.*

*Para cuando llegó el invierno...
ya éramos ópera muda.
La cama: un mausoleo.
El café: ceniza.
El amor:
un cadáver exquisito
que nadie se atrevió a firmar.*

*Hoy florecen otras primaveras.
Siempre florecen nuevas primaveras.
Primaveras que, en mi alma,
siguen oliendo
a esa primera fosa muerta.*

Pagando Promesas

Pagando Promesas

Requiem Por un Alma Maldita - Carta 1

Pagando promesas

que nunca debiste pronunciar,
mientras tu boca
se tuerce en gesto agónico.

Tu hora;
sí, tu hora.

En la cual lates lento,
brillando como una estrella.

Pero una estrella en su ciclo final,
cuando se devora a sí misma,
sintiendo cómo su luz se apaga.
¿Cuán grande fue el amor?

No, no fue amor,
sino locura disfrazada de gloria.
El vacío entre los dedos,
la mentira en tu pecho,
como esa falsa esperanza
que se ahoga en sus propias olas.
¿Cuán grande fue el final?
Tan grande como el eco de lo perdido,
como la sombra que no sabe huir,
como el grito silenciado
en el instante de su muerte.

Y aún te buscas,
pero ya no hay tiempo

para hallar lo perdido.

Solo queda la marca en la piel,
el olvido, y la promesa rota.

Consuelo y Discordia

Consuelo y Discordia

Consuelo y Discordia, gemelos sin raíces,
uno sorbía polvo, el otro huesos grises.
No había senda alguna, solo un nudo fatal,
dos sombras encadenadas en silencio sepulcral.

En sus manos reinaba la quietud de la herida,
en sus pechos ardía la certeza podrida:
que toda morada ¿palacio o pocilga?
es tumba que devora, atadura y estigma.

Consuelo y Discordia, nacidos sin camino,
uno bebía lodo, el otro hueso fino.
Cayeron en la sombra del mismo amanecer,
condena compartida que no quiso escoger.

Así fue dictado en la noche del mal:
que todo refugio, de piedra o de sal,
no es sino cruel sepulcro disfrazado de amor,
pues donde nace el hombre ya camina su error.

Abismo

Abismo

*Amo esas noches que muerden,
como bocas de vidrio en la garganta,
oliendo a perfume de féretro abierto.
Donde mi sombra se recuesta,
sin música, sin otro pulso que el mío.
Cuando aquel reloj hundido, que late en las paredes,
marcan horas que no existen.
Dejando atrás cada segundo clavado
oxidándose despacio en mi carne.
Ahí, aparecen mis fieles amigos
La Muerte y el Eco.
golpeando las costillas de esta casa,
esa fiera hueca que me lame las sienes.
Yo, condenada huésped
de un alma que me destierra,
aprendo a amar,
a beber el silencio,
a llamar hogar
a este abismo sin testigos.*

Mareas (Doliente Condena)

Mareas

(Doliente Condena)

*Sumerjo mi alma en mareas convulsas,
ciega visión que persigue mi dios;
mi sangre estalla, se torna en cenizas,
mientras un silencio voraz devora mi voz.*

*A veces camino contra corriente,
relámpagos nacen de cada suspiro;
el suelo se borra, sendero doliente,
mientras en ese horizonte de sombras, respiro.*

*Salto y me hundo en mi propio cansancio,
me ahoga el aliento de un sol desbocado;
un mar sin orillas me abre su espacio,
un mar sin estrellas. Vacío... Cerrado.*

*Me impulsa el olvido cansado de un muerto:
muero y respiro, respiro muriendo;
pues sobre mi umbral de recuerdos inciertos,
es donde solo la nada conserva su aliento.*

*Aquí nace, dulce, la eterna fatiga
de remar sin puerto, sin dios, ni respuesta,
en un vacío que nunca se frena,
sin norte, sin piel, sin perdón, ni ironía.*

Para ti...

mi dulce, adorable, doliente condena.

La felicidad, ese mito burgués

La felicidad, ese mito burgués
Moneda extinta, ceniza sin fe,
ya no se compra, ni vale. ¿por qué?
Se pasea altiva por salas brillantes,
donde nunca llueve el polvo de antes.

Yo la vi una vez, con ropas gastadas,
perfume vencido, promesas prestadas.
Hablabla de sueños con voz de rutina,
como quien recita: carta, fe y doctrina.

El mundo la aplaude con manos ajenas,
repite sus muertos, reza con cadenas;
y espera del eco, vacío y marchito,
un poco de sentido, un soplo infinito.

Mas di a tu sombra: ¿Quién nombra el olvido,
si todo camino yace destruido?
Bajo nuestros pasos, ruina tras ruina,
canta el polvo viejo su canción divina.

La alegría ¿impostora? tal vez se derrama
en tumbas de papel, en letras sin llama.
Yo sangro en sus hojas, me niego al consuelo,
verso tras verso me arranco del suelo.

Algunos persiguen virtud luminosa;
yo busco el tabaco, mi calma ociosa,
y un sorbo de noche, silencio curtido,
lejos de las voces del coro fingido.

Felicidad. ¡Que se la queden!
con sus retratos de engaño.

Prefiero el rincón de los desengaños,
con copa a medias,
la sombra en la piel,
y esta pluma abierta desafiando al cielo,
con un sorbo amargo,
y mi sombra en duelo.

"Villanelle para un verdugo"

"Villanelle para un verdugo"

(versión revisada)

*Amé cada sombra que arranca mi calma,
eco maldito me hiere indiscreto.
Un amor que es veneno mordiendo mi alma.*

*Tus besos desgarran como filo mi palma,
me arrastran al fuego de un deseo secreto.
Amé cada sombra que arranca mi calma.*

*No hay tregua en tu boca, ni clemencia en tu cama,
tu abrazo es prisión, tu caricia un decreto.
Un amor que es veneno mordiendo mi alma.*

*El mundo se apaga si tu voz me reclama,
me pierdo en tus ojos, me consumo en su grieta.
Amé cada sombra que arranca mi calma.*

*Soy huésped del daño de tu mente perdida,
me condeno a tu sangre, me entrego a tu vida.
Un amor que es veneno mordiendo mi alma.*

*Así mi condena se pronuncia y embalsama,
mi credo es tu herida, tu mordisco, mi reto:
Amé cada sombra que arranca mi calma,
Un amor que es veneno mordiendo mi alma.*

Los dedos que rezan

Los dedos que rezan

No hay flor en este piano,
solo dedos que rezan lo que ya fue carne.
¿A qué demonio conjuraste
para temblar en un alma muerta?

Tu melodía no canta. Me desgarras.
Es un recuerdo que no es mío,
pero insiste.
Con el aroma de lo que nunca fue
y, sin embargo, quedo.

Esa nota ¿la séptima?
muerde lo que queda de alma.
Como todas las veces que, en silencio,
se tiembla lo suficiente
para no incendiar
lo que, sin fe, aún arde.

No preguntes qué cuerda se rompió.
Se afinó al dolor justo.
La nota precisa que abre lo cerrado
y besa lo que sangra.

Hubo un instante
¿mínimo?
donde todo el universo cabía entre esos dedos.
Y el silencio,
ese hijo bastardo de tu última nota,

dormirá conmigo.

Eterno..

Fray Giuseppe

Fray Giuseppe

*Cuando tú,
fantasma ingrato,
te asomas en mitad de un verso muerto,
arrancando suspiros de un tiempo intacto.*

*La pluma tiembla,
el papel suda tinta negra,
y yo ?
pobre alma condenada al verbo ?
me deslizo entre tus gestos,
tus palabras,
tus miradas castas,
condenadas al silencio.*

*¿Existen hogueras sin redención?
Solo aquellas de un tiempo que no arde,
pero quema en el pecho.*

*Porque solo la lluvia nacida del alma
puede apagar
lo que aún duele... sin fuego*

Blasfemia.

Blasfemia.

(Yo, Inocente)

Te soñé con oro viejo en los labios
¿nunca supe si besarte o robarte?,
cuando tus palabras sabían a
relojes sin cuerda,
campanas sin Dios,
pecados sin fecha.

¿Recuerdas, amor...
cuando me orabas en voz baja,
como si tu fe supiera
que yo no era santa
ni carne salvable?

Confesé que no nací para salvarte,
sino para incendiarte.
Ese día dejé en tus párpados
una cicatriz que se lee en silencio:
un secreto envuelto en ceniza.

Te amé, sí,
pero no como un buen pecado.
Te amé como herejía,
con la lengua quemada
y el alma de rodillas,
rezando por más.

Una noche dijiste:
"Adiós, cuídate",
como si sellaras mi vida entera

y pudieras detener el extrañar.

No fueron solo palabras,
ni un consejo vacío:
fue un adiós en papel de hielo,
envenenado,
maldito.

Yo. inocente...firmé con sangre
tu credo.
Me cuidé tanto,
tanto,
que primero la piel dejó de sentir
y después el alma.

Hoy, con la fe muerta,
brindo con vino espeso.
Ya no siento nada?
sólo recuerdo tu nombre:
Blasfemia.

Auld Lang Syne

Auld Lang Syne

Requiem Por un Alma Maldita - Carta IV

Auld Lang Syne, ¡qué hermosa canción!

Y, mis últimas palabras para ti:

¿Deberíamos olvidar a los viejos amigos?

La pregunta flotaba en el aire,

y en mi cabeza retumbaba el sí.

En mi mente, te miré a los ojos, Hermana.

Y sé que lo sabías.

Aunque preferías fingir.

¡Fingir!

Mira qué bien aprendiste a hacerlo.

Veo que tuviste grandes maestros.

Hermana.

Mi dulce y querida Hermana.

Así que te regalé una canción aquel fin de año,

con la copa alzada,

con la sonrisa intacta,

con el eco de una despedida

que, por tus palabras nerviosas,

supongo que ya temías.

Y no me mires así.

Y no me digas que te viste obligada.

Y no me digas que no lo sabías...

Cuando te enviaron a asestarme cuatro puñaladas.

Aun así, ese fin de año...

te dediqué una canción.

Mientras fingías ignorancia,

mientras fingías no saber,

mientras jugabas a la mujer ingenua.

Pero Hermana, eso conmigo no funciona.

Bebí el vino dulce del adiós, Hermana.
Con lágrimas que caían
al danzar al ritmo de tan bella canción.

¡*Auld Lang Syne!*

Y entonces supe la respuesta.

¡Sí!

Debemos olvidar a los viejos amigos.

Y nunca más recordarlos.

Sí.

Un brindis vacío por ti, Hermana.

Un himno a lo que nunca fuiste.

Soneto a la locura del amor

Soneto a la locura del amor

*Te amé con la fuerza de un mar escondido,
con furia de abismo de fiebre callada;
tu voz fue tormenta, tu piel mi morada,
un dulce castigo en eterna locura.*

*Tus labios de sombra dejaban heridas,
dos ojos quemando con frágil ternura;
todo mi ser se volvió quemadura,
bebiendo el veneno que me dio tu delirio.*

*No hay dios que detenga un amor condenado,
ni ley que me aparte de tu desvarío;
si arde la noche, que arda contigo,
pues nada me salva de estar a tu lado.*

*Amarte es la ruina que el tiempo maldijo,
noche santa, fatal caída, silente grito,
sol de eternidad, oscuro, maldito.*

Nocturno ?La pluie est une mémoire qui ne dort jamais.?

Nocturno

"La pluie est une mémoire qui ne dort jamais."

El charco estalló reflejando locura,
bajo un cielo deshecho, hundido en cristal.
La gota que hiere retumba y murmura,
campana sin templo, lamento fatal.

La calle se inclina, rendida al quebranto,
sus muros susurran recuerdos callados,
de memorias que el tiempo, con paso tan santo,
ha dejado desnudas, eternos pecados.

Y yo, alma muerta que reza su canto,
respiro en la lluvia nostalgias rendidas;
sus pasos susurran, presagio de llanto,
sombras que tiemblan mis noches perdidas.

Pequeño Dios

Pequeño Dios

Noche de celda. Si la carne no habla.

De rodillas, mi cuerpo rueda.

Rezo en silencio, conjuros sin fe,
mil valles que tiemblan, no sé por qué.

Sin morada. Sin castigo.

Sin promesa. Sin abrigo.

Sudor antiguo. Fervor mordido.

Todo lo que toco... nunca fue mío.

Verbo. Cuerpo. Hombre callado.

Nombre sagrado, nunca entregado.

Todo lo que anhelo, todo lo que imploro,
se muerde en mi boca como oro sagrado.

Te desea mi mente, con sombras inciertas.

me deseas. Lo escribes en todas las puertas
con fiebre, con peso, sin tregua, sin tregua

? lo dices, no cesas.

Que tiemble el pecado, no sabes mi nombre.

No alcanza. No puede. Se quiebra. Se esconde.

Pequeño Dios,

silencio vivo.

No hay redención.

Solo este temblor cautivo.

Fábula de la Sombra

Fábula de la Sombra

Nació de un suspiro al cerrar la ventana,
un resto de llanto, favila temprana.
Nadie la buscó, nadie la sabía,
febril soplo errante que se deshacía.
Creció por las calles como niebla perdida,
siguiendo otras sombras, siempre a la deriva.
Miróse en charcos, deseando ser río,
mas todo reflejo le volvía vacío.
Quiso abrir su huella sobre umbrales negros,
pero sus pisadas no dejaban ecos.
Los relojes viejos ya no medían nada,
era su propio aliento quien la silenciaba.
Entonces la vimos, perdida, gritando,
clamores vacíos al mundo lanzando.
Quiso ser camino, quiso ser presencia,
pero era humo frágil, apenas esencia.
Cada paso dado borraba el anterior,
se hundía en la nada con lento fervor.
Constante vagaba, de noche, herida,
temiendo apagarse sin nunca ser vida.
La tomé de la mano, invocando la calma:
?Solo siente ?le dije?, no pronuncies nada.
La sombra furiosa miró sin creer:
?Si no digo palabras, ¿Cómo podré ser?
Toqué su herida, puse un dedo en su centro,
?Habita el dolor... allí germina lo cierto.